

FREEDMAN, D. G.  
*Human Sociobiology. A Holistic Approach.*  
The Free Press, 1979

El autor, profesor de psicología y especializado en el desarrollo humano, dice al comenzar su libro que lo escribe con vistas a un auditorio amplio que puede incluir tanto al profano en la materia como al profesional. Después de recorrer el libro, creo que escasos profesionales quedarán satisfechos de su lectura; probablemente el gran público será más agradecido al esfuerzo de Freedman.

Al presentar sus credenciales, Freedman se autocalifica de «*holistic*» en la tradición de K. Goldstein. Dice que para comprender la conducta humana hay que proceder simultáneamente de «abajo-arriba» (de los genes a la conducta molar) y de «arriba-abajo» (viceversa). Pero en seguida resulta difícil seguir el rastro de este programa a lo largo de las 240 páginas de texto; pienso que si en todo caso lo sigue, es de una manera muy *sui generis*. El libro se me antoja como un ensayo. Por un lado adopta un estilo muy coloquial, muy a la manera de quien «piensa en voz alta». Por otro, sólo un ensayo (y precisamente un ensayo sobre este tema) puede incurrir en la paradoja de hablar de muchas cosas sin esclarecer ninguna.

Gran parte de *Human Sociobiology* trata de los dos sexos y de las diferencias sexuales humanas. ¿Qué objetivo tiene el autor? Pues, francamente, no está claro si nos quiere convencer de que varones y mujeres somos distintos biológicamente (para lo cual no hace falta gastar tanta tinta) o si pretende fundamentar las diferencias de roles en la «naturaleza» (lo cual ya es algo más espinoso). Lo que aseguro es que si una feminista lee estos capítulos y pasajes va a tener una reacción semejante a la de su secretaria (según cuenta él mismo, p. 15), que se negó a seguir pasando el manuscrito a máquina porque no estaba dispuesta a colaborar en la perpetuación del sexismo. Freedman añade que tuvieron un largo rato de conversación y consiguió apaciguar los ánimos y convencerla (?).

*Human Sociobiology* viene apoyada por cincuenta estudios cuyos protagonistas son los humanos. Incluso añade un apéndice (pp. 163-212) en el que los resume con una cierta extensión. Aparte de que no estoy seguro de que muchos de estos estudios respondan al título general que los cobija, «*Original studies in human ethology and sociobiology*», más de la mitad son, como acabo de apuntar, sobre diferenciación sexual (en algunos su autor introduce el término «dimorfismo» que es más fuerte que el de «diferenciación»). Ocho tratan de la jerarquización en sentido etológico (dominación/sumisión) y los restantes se diversifican. Pero lo que me parece más grave es que no es el número de estudios y el que aparezcan cuidadosamente resumidos (incluso el autor los tiene a nuestra disposición si nos acercamos a Chicago) lo que da peso a una exposición sino su valor ilustrativo en función de un proyecto global (holístico). Y éste brilla por su ausencia. Cuando más, sirven de base para un libro de psicología diferencial. ¡Sólo faltaba que esa tradicional e inofensiva línea de investigación psicológica sea injertada en la pujante y discutible «nueva síntesis» de Wilson, a saber con qué segundas intenciones!

Freedman no sólo cita estudios humanos (novedad que sería bienvenida si no fuera por lo que acabo de señalar). También habla mucho de primates e incurre en lo que ya en otros sitios he criticado con respecto al uso y abuso de las analogías a propósito de animales. Aquí se sitúa al nivel de Morris, Ardrey y Dröscher. Véase un botón de muestra. Nos cuenta (p. 22) que en ciertas tropas de monos (langures) no es raro que bandas de machos jóvenes ataquen a la tropa y expulsen al macho dominante. Inmediatamente matan a todas las criaturas sin resistencia por parte de las madres. Éstas entran en ciclo de ovulación en seguida y copulan con el nuevo «cabeza de familia». Hasta aquí una escena muy conocida de cualquier primatólogo. La «moraleja» de Freedman es como sigue: es un hecho (?) que en el 90 por ciento de los casos en que las madres (humanas) maltratan severamente a sus hijos el padre no convive en el hogar. ¿A qué nivel de conciencia —se pregunta Freedman— operan los motivos de este modo de actuar? Una madre que se comporta así ¿no pensará que es mejor quitarse de encima este hijo para poder tener otro y criarlo con todas las garantías hasta hacerlo adulto? Si es el «padre adoptivo» el que maltrata al chico/a ¿se opone la madre abiertamente? Lo más probable es que no. Estos hechos paralelos nos sugieren que en los monos langures y en el hombre puede que actúen los mismos impulsos inconscientes. (Subrayado mío.)

Si algún calificativo me parece que retrata este libro es el de desconcertante. Primero porque no se ve cuál es la línea de argumentación del autor. No se ve a qué campo pertenece. En un momento dado (p. 141)

dice que eso de innato/aprendido no sólo no tiene sentido sino que para él en toda conducta humana hay un 100 por ciento de innato y un 100 por ciento de aprendido (?). Freedman tampoco hace ninguna profesión de fe sociobiológica. Cita a Wilson sólo tres veces y dos de ellas a propósito de cuestiones marginales al núcleo de la sociobiología propiamente dicha. La suya es una sociobiología muy laxa, un enfoque biologizante o etologizante que nos suena a familiar. Por ejemplo, describe con detalle cómo, al aplicar el test de Brazzelton a recién nacidos hijos de orientales y de occidentales, aquéllos resultan mucho menos irritables y más fácil de calmar que éstos. Tal como presenta este dato parece como que ha encontrado alguna *importante diferencia genética* en recién nacidos de diferentes razas. Las extrapolaciones que hace de este dato primario a la expresión artística de los orientales y occidentales son propias de un ensayo periodístico: «... Para mí está clarísimo que el arte oriental y el occidental tiene un aire muy distinto. El arte occidental ha retratado a sus varones como héroes; mientras que los héroes militares chinos y japoneses aparecen en postura hierática, estoica y convencional.» Y termina: «Es imposible que nazca un Miguel Ángel en China» (p. 153).

En resumen, este libro no aporta nada a la sociobiología humana, tal como yo entiendo la sociobiología. Cualquier profesional (psicólogo, psicobiólogo, biólogo) se sentirá irritado ante el mariposeo a que se entrega el autor libando alternativamente en la etología, en la psicología humana y trayendo los ejemplos a su medida. El hombre de la calle apreciará quizás el estilo ameno y desenfadado pero puede ser que, si retiene alguna idea, ésta sea como un fragmento suelto, un hilo que cuelga de un conjunto que, pese a las convicciones científicas del autor, no tiene nada de holístico.